

## Comentario a la ponencia de Horacio Crespo

*José Nun*

Instituto Universitario Patricios / CONICET

Me ha interesado muchísimo el trabajo de Horacio Crespo. Lamento profundamente no haberlo tenido antes en mi poder para reflexionar con detenimiento sobre proposiciones tan sugerentes. Voy a tratar de jugar rápidamente, y a partir de lo que he oído, un papel crítico, revulsivo, exagerado seguramente, pero para estimular el intercambio, la discusión.

Me da la impresión de que hay un deslizamiento permanente del tema Córdoba en la ponencia, por el cual esta provincia aparece de pronto como determinante cultural de Aricó y del primer grupo de *Pasado y Presente*, y en otros pasajes como aquello sobre lo que Aricó habla; es decir, entonces es Aricó hablando sobre Córdoba, y no Córdoba la que ésta determinando a Aricó. Y todo esto presidido por la visión de un cordobés sobre Córdoba y sobre Aricó, lo que complica todavía más el panorama.

Creo que el elemento de tensión entre tradición y modernidad que marcaba Crespo en el plano de la cultura y el propio papel de Pancho Aricó en la historia contemporánea argentina —y digo esto como una proposición de la que a lo mejor en un mes no me sigo haciendo responsable—, él mismo no lo entendió. Creo que ha sido el de un promotor cultural, no el de un dirigente político. El balance, el saldo, es el aporte

que ha hecho como promotor de la cultura argentina, más que como hombre de la política. No hace mucho decía Oscar del Barco que “en política nos equivocamos siempre, no la pegamos nunca”, lo cual no quita el mérito de su trabajo cultural.

Crespo hablaba de Córdoba “la docta”, tensionada entre la tradición y la modernidad, y a mí me llama la atención un aspecto: creo que si uno recorre los cien números de esos *Cuadernos de Pasado y Presente*, tan importantes y tan meritorios, el ochenta por ciento de los trabajos eran traducciones. El mismo hecho que marcaba de Lacan y la fascinación no solamente con Gramsci sino con los italianos, a lo mejor se podría poner en la cuenta de Córdoba “la docta”. Si uno mira la evolución de Pancho, su pensamiento se latinoamericaniza y se nacionaliza a medida que se aleja de Córdoba. Ésta es otra posición atrevida que no sé si se sostiene, pero tengo la sospecha de que sí, porque el Pancho que comienza a trabajar a Mariátegui, a juntar incansablemente materiales para esa obra inconclusa y todavía no publicada que es la historia del socialismo en la Argentina, es posterior a Córdoba: es el Pancho que viene a Buenos Aires, el que viaja a Perú, el que va a México y el que retorna a Buenos Aires para fundar el *Club de Cultura Socialista* con

un claro intento de implantación en temáticas nacionales.

Digo esto porque me parece que en un estudio tan acuciante como el que Crespo está delineando habría que incorporar un elemento para el que nos puede servir de ejemplo, justamente, Gramsci. Como casi todos ustedes saben, si por algo estuvo marcada la riqueza de los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci fue por una reflexión sobre el fracaso: es el Gramsci que tematiza la derrota de un proyecto, y ahí está la riqueza de las reflexiones que va a elaborar. El riesgo de las biografías intelectuales es, a veces, no tomar una suficiente distancia con respecto al biografiado, como para poder decir, por ejemplo, esto que dice del Barco desde adentro: "nos equivocamos siempre". No es poca cosa en política equivocarse siempre, uno tiene que poder dar cuenta de porqué fue así. "Éramos los más inteligentes pero nos equivocábamos siempre": ¿qué fue lo que pasó?

Por lo menos una punta de algo de lo que pasó tiene que ver con Córdoba. Efectivamente, Crespo marca muy bien que en Córdoba no era un proyecto, un programa, una utopía, la relación entre estudiantes y obreros. Había una contigüidad ecológica y familiar que no existió en Buenos Aires ni en el Gran Buenos Aires, ni siquiera en Rosario. Me impresionó mucho, puesto que viví un año en Córdoba y fue un año de represión durísima, que los intelectuales cordobeses que por primera vez eran expulsados de la Universidad estaban muy desconcertados, y es porque, en realidad, la vida universitaria cordobesa, a diferencia de la porteña, había sido muy preservada. Es decir, no tuvieron "la noche de los bastones largos", no había habido una persecución masiva como la que había habido en Buenos Aires.

Todo esto va contribuyendo claramente a una singularidad social, política y cultural

de Córdoba. El mismo hecho que Crespo marca muy bien, que no había una tradición de burocracia sindical, simplemente porque no había una tradición de sindicatos industriales –o, por lo menos, una tradición muy importante– hasta que se produce el crecimiento de la industria automotriz. Pero me parece que interviene también un elemento difícil de evaluar, y es que al tiempo que pasaba eso había una historia subterránea: la imagen, que compartimos mucho con Pacho en esos días, de que era muy fácil engañarse en Córdoba. Uno hablaba con el líder de Sitrac-Sitram, Massera, y era el Marcello Mastroianni de *Los compañeros*: era el dirigente sindical con el que todos soñamos. Me acuerdo de discusiones con Salamanca, cuando gana la secretaría del SMATA, que decía: yo aprendí de ustedes, dentro de un año me vuelvo a las bases. Salamanca, como muchos de ustedes sabrán, fue un dirigente revolucionario que cuando se hace cargo del sindicato, porque se gana en elecciones limpias por primera vez, el regalo que le dejan es un SMATA al borde de la quiebra para favorecer la intervención por SMATA nacional. Entonces, este dirigente que había leído *Pasado y Presente*, que se había nutrido a través de esa revista con las luchas de los trabajadores italianos, se tiene que poner a organizar una rifa para tratar de juntar dinero para que no le intervengan el sindicato, y esto lo pone en relación con un mundo totalmente desconocido, el mundo de los que hacen rifas, de los que dan premios, de los que ponen avisos en los diarios, etc. Uno de los trabajos nuestros era tratar de convencerlo de que al año no volviera a las bases porque iba a ser un lío bárbaro el aprendizaje del nuevo que llegara ahí; que no se tomara tan en serio algunas cosas.

Quiero decir que había posibilidades de fascinarse, de "engañarse"... y por qué digo engañarse y lo pongo entre comillas: veamos el caso de Agustín Tosco. Creo que a

Tosco le pasó un poco de esto, y me estoy metiendo en aguas muy barrosas. Tosco, líder sindical excepcional –creo que hubo pocos en la historia contemporánea en la Argentina de esa estatura sindical–, recibe gran apoyo de los trabajadores de Luz y Fuerza de Córdoba; pero cuando Tosco pasa a la política es un fiasco terrible. Esos mismos trabajadores que lo votaban a Tosco como “el dirigente sindical modelo”, votan al peronismo y no a Tosco. Había un mundo subterráneo que la fascinación con ciertos aspectos de la vida cordobesa contribuyó a opacar. En todo caso, se repitió en muchos momentos en la historia cordobesa algo que ocurrió bastante en la Argentina: trabajadores que discriminaban su voto. Es decir, que votaban para el sindicato anarquistas, si tenían que votar en sus asociaciones votaban socialistas y después votaban a Yrigoyen. En Córdoba lo podían votar a Tosco como sindicalista.

Me parece que este tipo de fenómenos,

que se conectaban ya no sólo con una singularidad cordobesa sino sobre todo con una más general singularidad argentina, se nos escapó por mucho tiempo por estar demasiado volcados a Europa, a la traducción europea. Ha habido una tensión muy fuerte entre dos funciones del intelectual –me viene a la memoria el libro que muchos de ustedes conocerán de Bauman, *Legisladores e intérpretes*–, entre el intelectual que se plantea como legislador, que le va a decir a la sociedad por dónde tiene que marchar, el que hace la ley; y el intelectual que asume el rol mucho más modesto de traductor, de conectador, de comunicador de experiencias diversas en sociedades y en mundos cada vez más complejos. Esta tensión fue muy característica de Pancho, que generalmente se equivocó como legislador y que fue excelente como intérprete. Hablo de Pancho porque Crespo habla de él, pero la primera persona del plural creo que sería más pertinente. Le agradezco la incitación. □